

Alberto Bustos

PEDRO CARVAJAL  
MARQUÉS DE ZUBIA  
UN RIBEREÑO ILUSTRE

Díkitur

**PEDRO CARVAJAL  
MARQUÉS DE ZUBLA**

**UN RIBEREÑO ILUSTRE**

Alberto Bustos

Díkitur

1.<sup>a</sup> edición  
© Alberto Bustos, 2013  
© Díkitur, 2013  
Cáceres, España

La asociación Laurel de Zubia ha querido rendir homenaje con su nombre a un personaje de la historia de Aranjuez injustamente postergado. Hoy queremos reivindicar a don Pedro de Carvajal, marqués de Zubia y ribereño fuera de lo corriente. Jovellanos en sus *Diarios* se refirió a él como «oscuro aventurero, desprovisto de escrúpulos y de la más mínima traza de moralidad». Pero no nos dejemos desanimar por un juicio tan negativo. Continuemos indagando. La mayoría de las fuentes no nos ofrecen sino breves comentarios, pero don Baltasar Quintana, notario del siglo XIX, le dedica abundantes páginas en su *Nueva historia de Castilla*. Lamentablemente, esta obra está plagada de errores de bulto y muchas de sus afirmaciones han de tomarse con reserva cuando menos. Al parecer, don Baltasar fue hombre de escasas luces y, dicen las malas lenguas, aficionado a la bebida. La principal razón para que se embarcase en esta labor, totalmente ajena a su trabajo, fue una sustanciosa donación por parte de un noble, quizá el mismo marqués de Zubia. Dice Quintana:

Fue el señor de Zubia de ilustre origen y noble casa, pues, no obstante no poseer su madre doña María títulos ni rentas o heredades, tuvo por padre a su majestad Fernando VI a quien Dios tenga en su gloria.

La verdad del caso es que Fernando VI, de temperamento melancólico e hipocondriaco, cayó en una profunda postración tras la muerte de su mujer, doña Bárbara de Braganza, sucedida en Aranjuez. Inexplicablemente, traicionó el intenso cariño que había dedicado a su esposa en vida tomando como amante a la mencionada doña María, mujer de dudoso origen y deseosa de medrar en la vida. Los pocos meses que duró la relación bastaron para que quedase preñada o, al menos, eso pretendió siempre ella. Aprovechando el hijo que esperaba, comenzó a abrumar al monarca con peticiones desproporcionadas. La muerte de la reina y la maldad de doña María consumían la débil naturaleza de Fernando, quien en su melancolía accedía a todo.

Doña María consiguió ser ennoblecida con el título de marquesa de Zubia, pero no se detuvo ahí su rapacidad. Exigió a Fernando que se casase con ella que le iba a dar el heredero que no consiguió de Bárbara de Braganza. Y probablemente el matrimonio se habría celebrado de no intervenir el conde de Valparaíso separándola del rey. Con este fin, se la recluyó en Aranjuez. Fernando murió a las pocas semanas de locura melancólica. Unos días más tarde nacía su hijo, que pudo haber sido rey de España.

Pedro creció en Aranjuez, donde madre e hijo

vivían más bien pobremente de una pensión del Estado. Con quince años se alista en el ejército y al año siguiente participa en el desembarco de Argel. Le encontramos más tarde en la guerra de independencia de los Estados Unidos. De ahí pasó a México, donde en poco tiempo amasó una regular fortuna; pero, hastiado de la vida de las colonias, vende cuanto posee y regresa a España.

Doña María había muerto entre tanto, de modo que toma posesión del título de marqués de Zubia y con el dinero de América enriquece la casa de Aranjuez. Quienes conocían su historia habían muerto o estaban retirados de la vida activa. Así pues, con paciencia y dinero se pudo introducir poco a poco en la corte, a lo que no fue ajeno su buen tipo y la ayuda de más de una dama de alcurnia. Pronto alcanzó fama de osado y galán, lo que unido a su gran liberalidad, le valió una brillante posición. Godoy afirma en sus Memorias lo siguiente:

... en una ocasión para alcanzar el favor de un ministro se citó este im-  
presentable en la misma noche con la  
hija, con la mujer y con el ministro.  
Estos méritos y no otros le valieron  
su pronto ascenso.

No obstante, Godoy tenía motivos para odiar a Pedro de Carvajal.

Cuando Godoy aún no había llegado a ministro, ni siquiera a amante de María Luisa de Parma, esposa del futuro Carlos IV, su hermano Luis fue alejado por Carlos III para evitar su escandalosa relación con esta princesa. Manuel actuaba como mensajero entre los amantes separados y en María Luisa, diez años mayor que él, comenzó a crecer la inclinación hacia el joven guardia de corps.

Por esta época se celebró una fiesta en Aranjuez en honor de María Luisa. Se acordó acudir con un clavel rojo —su flor favorita— como obsequio. Entre los invitados se contaba el marqués de Zubia; pero por desconocimiento o por audacia no llevó el clavel convenido. Ya había realizado algún golpe de efecto de este tipo y su ingenio le había permitido siempre salir airoso y aun reforzar su posición. Esta vez, no obstante, parecía haber llegado demasiado lejos. Se dijo que, dilapidados sus caudales, ni un solo proveedor le concedía ya crédito, por lo que le fue imposible hacerse con un clavel. Pero él, ni corto ni perezoso, arrancó una rama de un viejo laurel y se presentó con ella en palacio provocando el consiguiente escándalo. La corte entera estaba ansiosa esperando ver su caída. Cuando María Luisa le preguntó acerca de aquel peculiar presente, D. Pedro contestó sin apurarse:

—Es laurel de Zubia, señora.

—Y acaso es ese laurel digno de una princesa?

—Así es, señora. Y su virtud es tal que cuando la conozcáis no solo no lo desdeñaréis ligeramente, como parece que os veo inclinada a hacer, sino que desearéis poseerlo a cualquier precio.

—Decid, pues.

—Esta rama que veis aquí pertenece al laurel que plantó en Zubia, solar de mis antepasados, la reina Isabel, quien lo recibió tras la toma de Granada de un sabio estrellero, habitante de la ciudad. El infiel esperaba conservar así sus posesiones y aun hacerse pasar por cristiano con el consentimiento de la reina. Esta castigó su atrevimiento con la muerte; pero conservó el laurel por haberlo dotado el moro de extrañas propiedades mediante su arte. Un amuleto fabricado con una de sus hojas proporciona el amor, dos hojas, riqueza y tres, poder. Pero aquel que escoja uno de los dones habrá de renunciar a los otros dos.

—¿Cuántas hojas lleváis con vos, don Pedro?

—A mí con una me basta. Nunca he sido ambicioso. Pero me gustaría preveniros de algo todavía. Dicen que todo aquello que se alcanza gracias al laurel de Zubia lleva a la desgracia. Solo hay un medio para evitarlo y es que el portador del amuleto plante con sus propias manos un retoño del viejo laurel y vuelva al menos una vez al año a cuidar de él, pues de la vida del



árbol depende su felicidad.

—Muy bien, entregadme esa rama y yo misma me encargará de ella.

El marqués se rio y contestó:

—Primero tendréis que ganárosla.

Tras lo cual salió de palacio a toda velocidad. Muchos sintieron la íntima satisfacción de que el palacio de Aranjuez sería el último que pisaría.

Es el caso que a la mañana siguiente se pudo ver la ventana de María Luisa abierta y una escalera en su balcón. Lo que no se vio pero allí estaba —luego se supo— fue una rama de laurel sobre la cama. Incluso se dijo que había aparecido una cabeza de ciervo en la habitación del príncipe Carlos; pero esto es a todas luces falso, pues ni el mismo marqués de Zubia se hubiera atrevido a tanto. Así y todo se habría podido echar tierra sobre el asunto de no ser por María Luisa, que paseó la rama de laurel por todo el palacio con grandes muestras de alborozo y a continuación se dirigió con sus damas de compañía al jardín de la Isla para plantarla. Carlos III tomó cartas en el asunto y ordenó la detención del marqués, pero este había desaparecido y nunca volvió a haber noticias suyas. Según don Baltasar Quintana huyó a Francia, donde tomó parte en la revolución. Más tarde habría regresado a España con el ejército napoleónico. Siempre según la obra del señor Quintana, durante la Guerra de

Independencia, arrepentido de su vida pasada, ingresó en una orden religiosa aquí en España y tras su muerte fue enterrado en Aranjuez, cumpliendo así su última voluntad.

Sobre su casa construyó Godoy el palacio que aún hoy podemos ver. En cuanto al laurel sembrado por María Luisa, nunca se volvió a ocupar de él; pero durante largo tiempo fue muy visitado y todavía se conserva en cierto lugar del jardín de la Isla que preferimos no desvelar, al menos por el momento.

D. Álvaro Garrido Alonso

Miembro honorario  
de la asociación  
Laurel de Zubia

DÍKITUR